

CAPÍTULO XXV.

Tito.— Destrucción de Jerusalén.— Muerte de Vespasiano.— Tito emperador.— Organización política de España.— Domiciano.— Causa ganada por los españoles.— Nerva.— Trajano.— Sus triunfos.— Monumentos construidos en España.— Persecución contra los cristianos.— Muerte de Trajano.— Nuevo pleito ganado por los españoles.— Adriano.— Su venida á España.— Su división de las provincias ibéricas, etc.— Exterminio de los judíos.

En tiempo de Vespasiano tuvo lugar en Judea un acontecimiento histórico muy notable. Tito, hijo de dicho Emperador, puso sitio á Jerusalén y fue el terrible ejecutor de la no menos terrible sentencia fulminada por el cielo sobre la ciudad deicida. Los indescribibles horrores de aquel sitio solo pueden concebirse un tanto al pensar que el crimen de que era rea la ciudad judaica no tenia similitud ni calificativo en la tierra. La sangre de un Dios era la indeleble mancha de su frente, el sello de oprobio é ignominia con que aparece ante el tribunal de la historia y del mundo entero.

Un millon y medio de judíos perecieron en aquella tremenda é incomparable catástrofe; cerca de cien mil de los sobrevivientes fueron reducidos á esclavitud; la ciudad quedó completamente destruida, y hasta su preciosísimo templo, en cuya construcción tan fabulosas sumas se habían invertido. El mismo Tito derramó lágrimas al ver tanta devastación.

Las divinas profecías quedaron, pues, cumplidas al pié de la letra. El antiguo esplendor judaico acababa de ser abrasado por el rayo de la celeste venganza, y la raza de Moisés condenada á vivir errante y dispersa por la ancha faz de la tierra como la movediza arena de los desiertos.

Dícese que cierto número de los judíos cautivos de los romanos fueron enviados á España, designándoseles para su residencia la ciudad de Mérida.

Vespasiano murió hácia el año 79 de nuestra era, y le cupo la dicha de dejar por heredero del trono romano á su propio hijo Tito (el destructor del imperio judío), quien todavía aventajaba en prendas morales á su augusto padre.

Era tanta la bondad y dulzura de dicho Príncipe, que consideraba enteramente perdido el día en que no había dispensado beneficio alguno á sus súbditos. Llamábasele por antonomasia *las delicias del género humano*, según se desprende de la siguiente inscripción que se conserva en Mérida: *Humani generis amor et desiderium etiam vivus*.

Desgraciadamente para el mundo, el reinado del hijo de Vespasiano solo duró poco mas de dos años. En edad aun temprana, la muerte arrebató al imperio romano el mejor y el mas querido de sus soberanos.

Parece que á la sazón ningun acontecimiento notable sucedió en España, que se hallaba tambien disfrutando de la paz universal, debida á Tito, modelo de príncipes.

Tres eran entonces los pretores ó gobernadores de la Iberia; el de la Bética, el de la Lusitania y el de la España Tarraconense. Contábanse en la Bética ocho colonias romanas y otros tantos municipios: estos gozaban de menos privilegios que aquellas. Había tambien en dicha region cuatro audiencias, establecidas respectivamente en Cádiz, Sevilla, Ecija y Córdoba. En la Lusitania existían cinco colonias y un municipio, que era Lisboa, conocido con el nombre de *Felicitas Julia*. Catorce, ó acaso mas, eran las colonias de la Tarraconense; trece los municipios y siete las audiencias establecidas en las ciudades de Tarragona, Zaragoza, Clunia (hoy Coruña), Astorga, Lugo, Braga y Cartagena.

El sucesor de Tito fue su hermano Domiciano, en quien pudo descubrir luego el mundo los mismos vicios, torpezas, crueldades y locuras que en los tiranos que le oprimieran en anteriores tiempos. Asombroso era el contraste que ofrecía el carácter de Tito con el de Domiciano.

La tiranía de Domiciano extendió sus funestos efectos hasta nuestra patria, uno de cuyos procónsules fue acusado por sus rapiñas ante los tribunales. Pudo tanto la acusación de los españoles, y el apoyo que prestaron á la causa de estos varios romanos distinguidos, entre ellos Plinio el Joven, que, á pesar de ser un déspota quien ocupaba á la sazón el trono del mundo, se hizo completa justicia á los oprimidos.

Domiciano murió hácia el año 96 de nuestra era, y después de haber decretado la segunda persecución contra los cristianos.

Al hermano de Tito sucedió el anciano Nerva. El reinado de este Emperador solo duró diez y seis meses. A pesar de ello, Nerva pudo darse á conocer por las bellas cualidades que adornaban á su persona, lo justiciero de su carácter y el acierto en la dirección de los negocios públicos.

Córdoba debió á Nerva algunos soberbios edificios, y España entera la honra de ver á uno de sus esclarecidos hijos, Marco Ulpio Trajano, encumbrado al solio de los antiguos Césares.

Trajano, á pesar de varias flaquezas y vicios que desdoraban su vida privada (según se pretende), fue uno de los mejores soberanos que tuvo Roma. Pródigo con los pobres, humilde con sus súbditos, amante de la justicia, inclinado al perdón y la clemencia, tales eran los nobles rasgos que sobresalían en el carácter del Emperador, natural de Itálica.

Los varios triunfos que Trajano alcanzó sobre algunos reyes del Asia le granjearon la admiración de los pueblos. Hé aquí el motivo de habersele erigido en Roma la famosa *columna Trajana*, con cuyo monumento se quiso perpetuar las hazañas de dicho soberano.

Las artes y las letras florecieron considerablemente en España, durante el reinado de Trajano, quien dotó de imperecederos y gran-

diosos monumentos á nuestra península. El atrevido y majestuoso puente de Alcántara, la magnífica columnata de Zalamea de la Serena, el elegante arco de triunfo (llamado vulgarmente, *arch ó pont de Barú*), situado á tres leguas de Tarragona, y sobre la carretera que de esta ciudad conduce á Barcelona, el circo de Itálica, la torre de Hércules en Galicia, y otros no menos importantes monumentos se levantaron en la Iberia mientras Trajano ocupaba el solio imperial. Abrióse además varias carreteras y caminos.

Mariana supone que Plutarco fue maestro de Trajano; pero otros autores, entre ellos Romey y Lafuente, dudan de tal hecho, considerando este último apócrifa una carta que dicho Emperador escribió á Plinio, con motivo del incremento que iba tomando á la sazón el Cristianismo en el imperio romano, según opinan algunos.

Uno de los feos borrones que empañan el timbre glorioso de Trajano es la persecución que ordenó contra los cristianos. Dícese, no obstante, que dicha persecución (que causó innumerables víctimas) fue motivada mas bien por una mira política que por el odio á la nueva religión, que tantos prosélitos estaba haciendo todos los días.

La sangre cristiana corrió entonces tambien por nuestra nación. Mancio, primer obispo de Eborá (en Portugal), y Macario, Justo y Rufino, sufrieron el martirio, según refiere el P. Mariana (1).

Trajano murió en el año 117 de nuestra era, después de haber empuñado el cetro imperial por espacio de diez y nueve años y medio, y obtenido el título de *padre de la patria*. Parece que sus restos mortales fueron depositados debajo de la suntuosa columna erigida en Roma en honor de dicho Príncipe, como hemos ya indicado.

En tiempo de Trajano gobernaba la Bética Cecilio Clásico, quien tenia exasperados á los pueblos, á causa de sus depreedaciones y reprensible conducta. Plinio el Joven, tomando otra vez la defensa de los españoles ante el senado romano (con su elocuencia y poderosas razones), obtuvo de este la merecida justicia. Devolviéronse á los vejados pueblos todos los bienes de que habían sido despojados, y Cecilio puso fin á su existencia, temeroso probablemente del castigo que le estaba amenazando.

El español Elio Adriano, deudo de Trajano, fue el sucesor de este en el trono de Roma.

Parece que Adriano era un excelente artista, y que poseía dotes y conocimientos nada comunes en varios ramos del saber humano. Atribúyese á dicho Príncipe (cuyo carácter pecaba bastante de excéntrico), la máxima de que *un emperador debe parecerse al sol, es decir, que su persona debe ser vista y conocida en todos sus dominios*. Con tal objeto, Adriano estuvo viajando por espacio de once años (del 120 al 131), y recorrió todas las provincias del entonces dilatadísimo imperio romano.

Hallándose Adriano en Tarragona (donde reedificó el templo de Augusto, erigido por Tiberio), estuvo á punto de perder la vida á manos de un demente que arremetió al Emperador con la espada desnuda. Adriano no quiso que se castigara al agresor, disponiendo solo que fuera entregado á los médicos.

En Tarragona, según refiere Esparciano, Adriano convocó en asamblea general á todos los representantes de las principales ciudades españolas. Solo la ciudad de Itálica faltó al llamamiento del Emperador, quien para castigar su falta se negó á visitarla (por mas que se le instó para ello) durante el viaje que hizo á todas las provincias de España, siendo en todas partes agasajado y vitoreado. Tarragona se distinguió en las fiestas que celebró en honor del sucesor de Trajano.

Adriano tenia la singular costumbre de viajar con la cabeza descubierta, y no pocas veces á pié, lo mismo cuando atravesaba las neveras de los Alpes, que cuando recorría los países meridionales. Adriano hizo una nueva división territorial en nuestra península, estableciendo en ella seis gobiernos en vez de los tres preexistentes. Dichos gobiernos fueron la Bética, la Lusitania, la Cartaginense, la Tarraconense, la Galicia y la Mauritania Tingitana.

Por algunos letrados ó inscripciones de dicho reinado y algunas leyes del Código de Justiniano, puede inferirse que los dos gobernadores de la Bética y la Lusitania tenían á la sazón el título de legados consulares, y de presidentes ó procuradores los que tenían á su cargo el gobierno de las cuatro provincias restantes.

Atribúyense á Adriano algunas leyes para la moralización de las depravadas costumbres romanas, y la publicación del *Edicto perpetuo*, que tan señalado lugar ocupa en la historia de la jurisprudencia.

Dícese que en tiempo de Adriano los cristianos fueron víctimas de una atroz y sangrienta persecución.

En la misma época la población judía tomó probablemente mas incremento en nuestro suelo. La causa de ello fue el exterminio que hizo Adriano de la nación hebrea, que se había rebelado contra el poder romano, instigado por un tal Barcochebás, que se llamaba á sí mismo el Mesías, y era proclamado el astro de Jacob.

Tras de una larga y penosa enfermedad, Adriano bajó al sepulcro en el año 138, adoptando por su sucesor á Tito Elio Antonino, á quien dieron el título de Pio por su carácter dulce y benévolo.

(1) Romey dice que Trajano tomó poca parte en las persecuciones, y añade que en España no fueron conocidas.



Serra dib. y lit.

Casals imp.

ARRESTO DE S.^a MAGIN.

Riera Editor. Barcelona. Robador. 24 y 26.

CAPITULO XXVI.

Pio Antonino.— Marco Aurelio.— Invasión marítima en España.— Cómodo.— Crueldades de Cómodo.— Su envenenamiento.— Pertinax.— Subasta del imperio.— Séptimo Severo.— Sus persecuciones.— Caracala y Geta.— Macrino.— Heliógabalo.— Sus torpezas.— Alejandro Severo.— Su conducta.— Maximino.— Martirio de san Magin.— Gordiano.— Máximo y Balbino.

En los veinte y tres años que duró el reinado de Pio Antonino, los pueblos gozaron de una paz octaviana; y en consecuencia las ciencias y las artes pudieron desarrollarse sin trabas de ningún género. A España también le cupo naturalmente su parte de prosperidad en aquel período de feliz é imperecedera memoria (1). Los cristianos tampoco se vieron cruelmente perseguidos á la sazón, como sucedió en tiempos anteriores.

Después de Antonino ocupó el solio de los Césares en el año 161 Marco Aurelio, llamado antes Marcos Anio, según dice Romey.

Marco Aurelio, conocido también con el nombre de filósofo, era un príncipe tan bueno, ó acaso mejor, para el gobierno de los pueblos que su antecesor. Durante su reinado el hambre hizo estragos en el imperio, pero las acertadas medidas adoptadas por el Emperador y la magnanimidad de sus sentimientos pudieron aminorar sus terribles efectos.

A pesar de que el carácter de Marco Aurelio era más inclinado á la paz y á los estudios que á empresas belicosas, no obstante las circunstancias le obligaron á empuñar la espada, haciéndole recorrer con sus victoriosas legiones una grande extensión del imperio romano, hacia el Danubio, cuyo caudaloso río traspasó en persecución de sus enemigos.

Ya entonces comenzaba á dibujarse en el horizonte del porvenir la tremenda tempestad que debía acabar con el coloso de Roma, es decir, la invasión de los bárbaros, cuya vanguardia derrotó dicho Emperador en la campaña de que acabamos de hablar.

Hacia la misma época en la costa meridional de España, esto es, en Gibraltar y Málaga, desembarcó un ejército de mauritanos, procedentes del interior de la región que hoy se conoce por imperio de Marruecos. Dichos africanos pusieron sitio á Singilis (Antequera la Vieja), pero sus planes de conquista y de pillaje fueron completamente desbaratados por Valio y Máximo Galo, quienes arrojaron á los invasores de nuestra península, y les persiguieron hasta las mismas costas de Tánger. Este suceso acaeció, según Romey, en el año 171 de Jesucristo, ó sea á los 200 de la era española.

Marco Aurelio murió en el año 181 (que comprende al 933 de Roma), después de haber ocupado el solio imperial por espacio de diez y nueve años y días.

Elío Aurelio Cómodo Antonino, hijo de Marco Aurelio, sucedió á su difunto padre en el gobierno del imperio romano. Atendidas las aventajadas dotes que adornaban á Marco Aurelio, parece mentira que este hubiese podido engendrar un ser tan monstruoso física, y sobre todo moralmente, como el emperador de que estamos hablando: instintos sanguíneos y feroces, locuras incomprensibles, voluptuosidades execrables é inauditas, vilezas é ignominias de toda clase, tal era el horrible conjunto de vicios y maldades que Cómodo personificaba y de que le acusa la historia.

Enumerar todas las atrocidades y torpezas de Cómodo fuera tarea prolija é interminable. En cierta ocasión hizo dividir en dos pedazos á un hombre de abdomen muy abultado, solo para satisfacer su cruel placer de ver sus gruesas tripas derramarse por el suelo. Una noche mandó asesinar en un teatro á todos los espectadores. A aquellos, cuya fisonomía le era poco simpática, les hacía arrancar los ojos. Vendía los cargos públicos, quitaba la vida á los senadores y se hallaba rodeado de un enjambre de concubinas.

Y sin embargo, el envilecido pueblo romano soportó durante cerca de trece años las monstruosidades de su Emperador, y hasta aplaudió, según se refiere, en mas de una ocasión, las infamias del odioso tirano que le gobernaba.

Por fin, en el año 193, el veneno ó bebedizo que le suministró Marcia, una de sus concubinas, puso fin á la existencia del indigno sucesor de Marco Aurelio.

El asesinato ó envenenamiento de Cómodo puso el cetro de Roma en manos del anciano Pertinax. Este Emperador fue víctima de la reforma que quería introducir en la disciplina; pues por tal motivo cayó mortalmente herido bajo el puñal de los pretorianos, al poco tiempo de su elevación al trono de los Césares.

Muerto Pertinax, púsose el imperio á pública subasta ó almoneda. ¡Increíble acción, que á manera de barómetro marca exactamente el grado de corrupción á que habían llegado entonces el senado, la aristocracia y el pueblo romano! Presentáronse dos postores á la compra del imperio: Sulpiciano y Didio Juliano; pero ni uno ni otro tuvieron bastante dinero para el caso, ni pudieron satisfacer sus promesas. Este último, á cuyo favor se había rematado la subasta, fue sacrificado al cabo de algún tiempo por los pretorianos.

Entonces el ejército romano eligió á la vez tres emperadores en otros tantos puntos del imperio. Piscanio Niger, que mandaba el ejército de Oriente, fue llamado á Roma para ocupar la vacante silla imperial, al paso que las legiones de Iliria y las Británicas aclamaron respectivamente á Séptimo Severo y á Clodio Albino. Por fin, el cetro romano quedó por el mas fuerte de los tres, que fue Séptimo Severo, quien derrotó sucesivamente á sus dos rivales.

Severo era oriundo de Africa, y parece que su crueldad se cebó principalmente en los discípulos del Crucificado, que á la sazón es-

(1) Parece que en Tarrasa (Cataluña) y en Alcalá se erigió una estatua al citado Emperador.

taban ya desparramados por todas las provincias del imperio romano. Las persecuciones decretadas por Severo alcanzaron también á los cristianos de España, cuyo número iba sin cesar en prodigioso aumento.

La venalidad en los cargos públicos y demás, introducida por Cómodo, originó que los cristianos, si bien que á peso de oro, pudieran comprar su seguridad individual ó sea el derecho de profesar impunemente sus creencias.

Sin embargo, el sucesor de Cómodo, como acabamos de ver, varió probablemente de sistema en este asunto; puesto que decretó una persecución general, que en opinión de algunos fue la primera que sufrió nuestra península.

Hay quien pretende que el Cristianismo en España empezó á propagarse desde la Bética á las demás provincias. D. Vicente de La Fuente, en su *Historia eclesiástica de España*, cap. II, pág. 46, dice que durante la primera persecución, esto es, en tiempo de Nerón, el Cristianismo se hallaba ya extendido por toda España, en la parte septentrional por los Apóstoles, y en la meridional por los varones apóstólicos y sus discípulos.

Severo murió en una ciudad de Inglaterra (á cuya región había pasado para sujetar á los caledonios) en el año décimoctavo de su reinado.

Dicho Emperador dejó para sucederle en el imperio á sus dos hijos, Aurelio Antonio Baziano, conocido por Caracala (á causa de cierto traje que usaba) y Geta, su hermano menor, y de mujer distinta. Profesábase ambos hermanos mutuamente un odio mortal. Esto motivó que Caracala hiciese dar muerte á Geta, para quedar solo en el trono de Roma.

En el año 218 Macrino asesinó á Caracala, cuya abominable conducta parece que tenía exasperado al pueblo romano.

Sentóse Macrino en la silla imperial, pero al cabo de catorce meses, el mismo ejército que le había encumbrado á ella le arrebató el cetro de las manos.

Heliógabalo ó Elogábalo, príncipe el mas execrable por sus vicios, fue el sucesor de Macrino.

Solo dirémos de Heliógabalo, que este Emperador fue la personificación de la lujuria, y que arrastró la púrpura romana por el inmundo lodazal de todos los vicios y torpezas que jamás haya presenciado la tierra ni podido inventar la imaginación mas lúbrica y calenturienta. Sus mismos soldados le dieron muerte hacia el año 212, y el ignominioso nombre de Elogábalo quedó borrado de todos los monumentos.

Post nubila fœbus. Hé aquí la tan sabia expresión que arranca casi involuntariamente á nuestra pluma el encumbramiento de Alejandro Severo al solio de Roma. En efecto, si los vicios son las sombras del espíritu, las virtudes tienen que ser necesariamente su luz y su sol mas resplandeciente.

España también participó de los incalculables beneficios que trajo al imperio romano el gobierno sabio, justo y clemente del joven sucesor de Heliógabalo. Desgraciadamente el reinado de tan excelente príncipe fue mas corto de lo que el mundo hubiera deseado.

Severo, no solo toleró las doctrinas cristianas en su imperio, sino que hasta colocó una imagen del Crucificado en su capilla particular, entre los dioses del paganismo.

La siguiente máxima, favorita de Severo, basta para hacer la apología de la grandeza de ánimo de dicho Emperador: *No hagas á otro lo que no quieras que se haga contigo.*

Mientras Severo estaba sosteniendo una guerra en Alemania, fue asesinado alevosamente por Maximino, especie de Hércules, natural de Tracia y de oscuro linaje. Parece que su asombrosa fuerza corporal y su gigantesca estatura fueron la principal causa de que el asesino de Severo empuñara las riendas del gobierno romano hacia el año 235.

Maximino persiguió también á los cristianos. Atribúyese igualmente á dicha época el martirio de muchos cristianos españoles, entre ellos san Máximo, que se cree ser el santo que en Cataluña es apellidado san Magin, quien (con sus compañeros) fue martirizado junto á la cueva donde se había escondido, distante seis leguas de Tarragona.

Quien á hierro mata á hierro muere; esta espantosa sentencia cumplióse al pie de la letra en la persona de Maximino, quien fue á su vez asesinado por sus propios soldados (1) en una ciudad de Italia al decir de unos, ó mientras estaba peleando contra los germanos y los sármatas, en opinión de otros.

Poco tiempo antes de la muerte de Maximino, las legiones de Africa nombraron emperador á Gordiano, presidente de dicha provincia. Pero este y su hijo no tardaron en ser víctimas acaso de los mismos que les habían brindado con el cetro de Roma.

Entonces, ó sea hacia el año 240, el senado romano eligió á otros dos emperadores, Máximo y Balbino, á favor de los cuales luchaba la Italia entera, contra las huestes de Maximino. Sin embargo, á los pocos meses de su reinado perecieron en cierto motín promovido por el ejército.

(1) Según D. M. Lafuente, *Historia de España*, lib. III, cap. III, pág. 364, el asesinato de Maximino fue su propio hijo.



Serra dib. y lit.

Casals imp.

CRISTIANOS ENTREGADOS Á LAS FIERAS POR EL EDICTO DE DIOCLECIANO.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.